

San Juan

5 grados Fahrenheit

Juan Pablo García



5 Grados Fahrenheit

Juan Pablo
García



Diez de la noche, una tormenta se descargó impensada arriba de la ciudad que nunca duerme, la nieve se precipita velozmente sobre los extensos tejados de los rascacielos. Es nochebuena. Época de júbilo y felicidad, de juntarse con la familia a comer vitel toné, pollo relleno y pan dulce. Irónicamente, en mi cerrado departamento, que tiene un ventanal como única salida al mundo exterior (aparte de mi puerta), la navidad se siente áspera, como el mantecol duro y helado que siempre sobra en la mesa dulce. Nueva York a “menos 15 grados Celsius”, o, según la unidad de medición de temperatura que utilizan sus ciudadanos, 5 grados Fahrenheit. Nunca entendí por qué no se usan los mismos sistemas de medición en todo el mundo. A mi modo de ver, sería mucho más fácil comunicarse. De hecho, y, hablando de comunicación, ¿por qué no existe un lenguaje universal? Simplificaría ampliamente el contacto entre personas



**5 Grados
Fahrenheit**

Juan Pablo
García

de diferentes partes del mundo. Incluso me habría ahorrado 12 años de inglés y a mis padres pagarme cada una de las cuotas del instituto. Mis padres. Miro la hora: 10:30. Significa que son las 11:30 allá, mi familia debería llamarme dentro de poco. Al menos ellos se pudieron juntar. La cuarentena ya se había disuelto completamente en parte de Argentina, a diferencia de la ciudad de la Estatua de la Libertad, en donde aún parece que queda para rato. No voy a entrar en detalles respecto a por qué acá todavía seguimos parcialmente encerrados, siendo que cada vez que dichas ideas pasan por mi cabeza me termino enojando con la estupidez humana. Si tan sólo una noche de invierno un viajero hubiese decidido quedarse a estudiar en su país de origen, no estaría pasando navidad atascado en un departamento en Nueva York. Pero me reanimo pensando en que, por lo menos, puedo salir teniendo



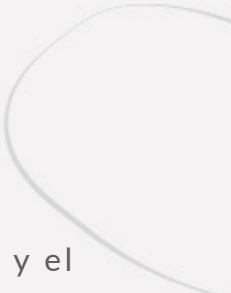
**5 Grados
Fahrenheit**

Juan Pablo
García

en cuenta las medidas de higiene impuestas por el “muy próspero” gobierno de los Estados Unidos. Me da hambre. Por lo que dejo el celular en mi habitación y voy directo a la cocina esperando que no haya sucedido. Que no haya sucedido lo mismo de siempre: haberme olvidado de comprar comida por estar muy ocupado con mi tesis en ingeniería nuclear. Normalmente la suelo hacer con ayuda de mi amigo Daniel. Hoy lo llamé, pero no respondía, supongo que concluyó que nochebuena no es tiempo para trabajar. Abro la heladera, y, efectivamente, compruebo que mi tesis debe ser de lo más interesante. Gracias Joaco, ahora no vas a poder comer en nochebuena. Me arrimo violentamente a mi grotesco ventanal esperando que el kiosco que está en frente a mi edificio esté abierto. Veo sus luces encendidas, y, esperanzado, examino la posibilidad de comerme un buen sánduche de jamón y queso para

5 Grados
Fahrenheit

Juan Pablo
García



navidad. Agarro la billetera, las llaves, el celular y el barbijo, me lavo las manos (por las dudas) y salgo de mi departamento. Tomo el ascensor, y espero unos segundos mientras me baja por las plantas rellenas de concreto. Cuando salgo al exterior siento como el frío de la ciudad choca en seco contra el calor de la edificación. Doy unos pocos pasos de distancia y empiezo a percibir cómo el viento helado me hace doler las manos mojadas. Rápidamente me meto al negocio y pido tres sándwiches calientes: dos de jamón y queso, y el último de salame que quedaba. Mientras el kiosquero los mete a su horno eléctrico, me viene a la mente cómo la navidad pasada, a la que sí pude asistir, mi abuela cocinaba el pollo relleno, preparaba el vitel toné, unos huevos con atún, y cortaba rodajas de pan dulce, todo al mismo tiempo, como una autómatas. Yo estaba hospedado en la casa de mis papás,



5 Grados
Fahrenheit

Juan Pablo
García



en mi vieja habitación, pero pasé temprano por la casa de mis abuelos para ayudarlos a preparar la cena. No hacía frío, era navidad en Argentina, así que todos estábamos con ropa veraniega. La gente fue llegando de a poco, primero mi madrina con mis primos, mi tía, mi padrino, mi otro abuelo (de parte de mi mamá), y al final mis papás. Cuando sonó el timbre de la casa por última vez, todos ya estaban sentados en la mesa. Fue una navidad normal, pero en familia. Recuerdo muy bien que en ese entonces a mi tía se le dio por contarles una historia de terror a mis primos. “Cuando se vayan a dormir, tengan cuidado con el Braulio, el que susurra en la oscuridad. Si escuchan cuando murmura: “abrí los ojos”, no los abran bajo ninguna circunstancia. Una vez, un nene que se llamaba Federico, después de la nochebuena, se puso a espiar si venía Papá Noel. Ya se había hecho muy tarde cuando sintió unos pasos,





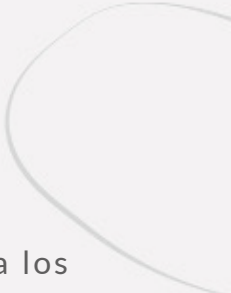
5 Grados Fahrenheit

Juan Pablo
García

pensaba que eran sus papás que venían a retarlo por quedarse despierto. Así que se acostó en la cama y se hizo el dormido. Unos minutos después, escuchó un susurro que decía: “abrí los ojos”. Federico sin pensarlo los abrió, y vio a una figura negra y desproporcionadamente enorme en el borde de su cama. El monstruo se abalanzó a sangre fría sobre Federico. Se despertó al día siguiente, y no podía ver. Sus ojos ya no estaban, el Braulio se los había arrancado.” Luego de la historia, los pequeños se fueron con el resto de la familia solos, despacio, llorando, mientras que la tía y la abuela se morían de risa. Cuando ya pasó un rato después del susto, los niños, cuyos padres ya sabían que querían de regalo, comenzaron a escribir sobre las cartas que estaban vacías y sin palabras, para posteriormente dejarlas adheridas a las ramas del arbolito de navidad de la abuela, al alcance de Papa Noel. Sigo sumergido

**5 Grados
Fahrenheit**

Juan Pablo
García



en mis recuerdos cuando el kiosquero me alcanza los sándwiches calientes. Le agradezco y tomo el pedido. En lo que voy corriendo hacia mi apartamento, recibo la videollamada de mi familia. El teléfono no dejaba de sonar. Llego, me subo al ascensor y atiendo. - ¡Hola Joaco! - exclaman, supongo, todos. - ¡Hola! ¿Cómo la están pasando? - contesto. Vamos hablando mientras el ascensor sube, llego a mi departamento, dejo la comida en la mesada, me saco las zapatillas y sigo charlando con mi familia. Parecía como si nada, como si 8050 kilómetros no nos estuvieran separando. Se hace navidad en Argentina, y acá son recién las 11. Todos se saludan y seguimos en videollamada durante una hora más hasta que la navidad llega a mi edificio. Nos despedimos deseando que las siguientes fiestas las pueda pasar en Argentina, y cuelgan. Realmente los extraño. Tanto, que hace unas semanas, cuando paseaba por el gran Central Park, no podía dejar pensar en mi mamá.



5 Grados
Fahrenheit

Juan Pablo
García



En el bosque, bajo los cerezos en flor, solo su perfume flotaba en el aire. Ese día llegué tan pronto como pude a mi habitación y los llamé. De repente, la sensación de hambre me golpea de nuevo, para indicarme que los sándwiches que había comprado seguían en la mesada. Se deben haber enfriado. Me levanto molesto de mi cama, y cuando llego a mi alfombra siento un dolor punzante en la pantorrilla. Levanto la pierna y me fijo que era. Sangre. Tenía un cristal incrustado en la planta del pie. Me lo saco con mucho cuidado, y veo en el piso un globo de nieve que me regaló mi papá cuando me vine a vivir acá. Parte de él estaba debajo de la alfombra, roto, húmedo. Se debe haber caído de la mesa ratona en la que estaba. En lo que me voy a lavar, no puedo evitar sentir una ola de angustia y desilusión por estar pasando navidad en esta ciudad utópica, en mi departamento quimérico, trabajando para mi carrera soñada. Y no con mi familia en mi Argentina

